



ROJAS GARRIDO

Fué el Sócrates colombiano.

Su papel en el movimiento filosófico-patrio fué el mismo que el del discípulo de Pródicos, en medio del tumulto de los sofistas griegos.

Como el dios de las fábulas mosaicas, él dijo el *fiat lux* al caos de la conciencia nacional.

Su espíritu no vino, como el del creador en las narraciones bíblicas, sobre el espejo tembloroso de las aguas, sino en las alas vibrantes de la Filosofía experimental.

Su aparición fué una aurora.

Pálida vaguedad de crepúsculo había en el horizonte. Leve luz iluminaba el pensamiento nacional, y más allá la niebla ondeante, el torbellino inmenso de la sombra...

La juventud soñadora y triste había vegetado largo tiempo en los claustros, bajo la mirada de los monjes, agotando su inteligencia en la dialéctica enfadosa de Aristóteles, en los sueños opiásticos del misticismo, en la metafísica estólida, en las absurdas teorías del peripatetismo teológico de Tomás de Aquino, el buey mudo de Sicilia.

Bajo la enervante autoridad de la Iglesia católica el pensamiento nacional languidecía.

Los cerebros, deformados por el yugo ortodoxo, habían dado de sí esas conciencias enfermas de los grandes fanáticos, ó ese liberalismo débil que sueña aun encontrar la libertad para los pueblos al pie de los altares, en la sombra de los templos, bajo el manto purpúreo de los dioses de madera... Liberalismo ecléctico y funesto, miedoso y triste, perseguido por la filosofía y herido por el rayo que el soñador ambicioso del Vaticano lanzó sobre él al condenarlo: *como la más perniciosa de todas las herejías*. Sí, herejía contra la libertad y herejía contra el dogma; contra el doctrinarismo y contra la autoridad; contra la razón y contra la fe. Ese liberalismo católico, que no es la religión y no alcanza á ser la filosofía; que se rebela á creer y que

no tiene fuerzas para negar; pájaro ciego escapado de las iglesias y que no acierta á alzar el vuelo á la cima luminosa; oscuro valle, donde crecen en extraña vegetación almas enfermas y donde vuelan con tardo vuelo espíritus débiles, incapaces de las grandes ascensiones.

Ese liberalismo católico, que va en oscura oleada golpeándose el pecho á invadir los templos de donde fué expulsado, ó se refugia en las legiones liberales alzando las manos temblorosas para pedir misericordia y proteger los sacerdotes y los dogmas cuando ve avanzar en el horizonte la nube, la roja y sangrienta nube que se ha de descargar en lluvia de sangre y cuyos rayos han de destruir los templos del error, dispersar á los augures de la fe y pulverizar los ídolos en presencia de los creyentes.

En poder del fanatismo implacable y de este liberalismo religioso había estado y estaba el movimiento filosófico.

Intermitentes ráfagas de reacción pasaban agitando las conciencias, cuando apareció en la escena Ezequiel Rojas, con su alma pura y fuerte, su majestad de apóstol y su criterio recto. Fué el precursor...

El pensamiento nacional despertaba perezoso al eco de esta voz pausada y grave, cuando sintió avanzar algo formidable como si aleteasen en la sombra los pájaros apocalípticos del soñador de

Efeso : era que el águila caudal del pensamiento abría sus alas, y al sacudirlas en la sombra producía rumor de tempestad y armonías de himno.

Venía de allá, del pie del nevado, de la llanura ardiente, de la sombra perfumada de las florestas tolimenses. Era Rojas Garrido que aparecía. Era el pensamiento filosófico liberal que tomaba forma. Era la elocuencia que se hacía hombre. El alma nacional tenía su verbo.

La elocuencia en Colombia tiene un nombre : Rojas Garrido.

No tuvo predecesores y la tribuna huérfana espera aún el sucesor.

Muchos antes de él y muchos después de él han voloteado brillantes y armoniosos en torno á la cima sin llegar á la eminencia donde, abiertas las alas, expiró el águila gigante.

Antes de él, parece que la lengua nacional tartamudeando, no hubiese podido llegar á la armonía suprema, hasta que vibró en la palabra de aquel hombre para el cual parecía haber guardado todas sus melodías.

Dicen las leyendas antiguas, que en los labios de Homero niño, depositaron su miel las abejas del monte Himeto. En los de Rojas Garrido podría decirse que depositaron su miel silvestre todas las abejas de los panales de la patria ; todo su néctar las flores de la campiña y los bálsamos de los

montes silenciosos ; su armonía todas las aves que pueblan sus bosques ignorados ; su rumor las fuentes que corren en el desierto y á la sombra bajo el ramaje tupido de campánulas salvajes ; su fuego y sus fulgores el sol de los trópicos cuando quema la playa y hace gemir los árboles del monte ; su majestad los océanos que, como dos amantes celosos, pugnan por dar sus besos en el seno de Colombia ; su fragor el Puracé y su estruendo tempestuoso el Tequendama. Todo lo que la patria tenía de bello, de noble, de armonioso y de sublime se concentró en el verbo de aquel hombre.

Él también, como pinta á los genios el poeta, ascendió tallando los escalones en el odio.

Ante él la demagogia clerical organizó sus legiones ; hoscos los buhos del santuario erizaron el plumaje lanzando horribles graznidos y la juventud corrió á su paso como los niños de Judea, exclamando : Hélo aquí, hélo aquí. Salud al Maestro !

Y de sus labios brotó entonces á torrentes la verdad.

Fué el Redentor.

Bolívar y Santander y Nariño habían emancipado las multitudes ; él emancipaba las conciencias...

Al ruido de su palabra y al resplandor de su genio se aclararon las tinieblas, desaparecieron los

fantasmas, se vaciaron los templos, cayeron los ídolos, y libre el alma nacional despegó las alas.

Él hizo la nueva Colombia, la Colombia de mañana ; porque él educó esta brillante y tumultuosa legión de los Rudas, los Arrietas, los Uribes, los Galofres, los Restrepos, Carlos Mendoza, los Chaux, los Manotas, Garcés, Herrera Olarte, Clemente Salazar, los Lleras, Sánchez Mejía, los Santodomingo, Porras, los Patiños, los Espinosas, los Pinzón, Díaz Guerra, Bolívar Franco, los Porto, Delgado, Valera, los Guzmanes, los Ruices, los Tascones, los Riveras... toda esa bandada de águilas que duermen en la sombra esperando que brille el nuevo día para tender sus alas al espacio.

Cumplida su misión, desapareció.

La libertad desapareció tras él.

Sus discípulos están en el destierro, en la cárcel, en el confinamiento, en el silencio...

La noche es espesa y ruge el viento...

Todo es sombra en la patria!

*
**

Oh Maestro ! Nada hay eterno.

Mañana brillará el nuevo día. La patria será digna de tí. Tus discípulos volverán. Tu estatua colocada en lo más alto y vaciada en mármol ó en bronce, que es la « carne de los dioses » y de los inmortales, los verá desfilar ante ella. Allí irán los unos con el cabello emblanquecido por las heladas ráfagas del destierro ; los otros, mutilados en el campo de batalla, todos cubiertos por el polvo del camino, desfilando descubiertos para decirte : — Maestro, aquí estamos. Nada doblegó nuestra energía. Somos los mismos. Tu espíritu nos alienta. Salud, Maestro !

*
**

Después desapareceremos todos arrastrados por el huracán de la vida. Nuevas generaciones vendrán á tí. Las madres, trayendo los pequeñuelos asidos al pezón, te contemplarán con cariño, y dirán á los mayores mostrándoles las estatuas de los héroes y la tuya : — Aquéllos nos libertaron de España, éste de Róma. Aquéllos son los libertadores, éste es el Redentor.

Y pasarán las generaciones ; y con la monótona fidelidad de las olas contra la playa, irán á mur-

murar en torno de su pedestal, diciendo : Salud,
Maestro ! Salud, Maestro !

Mientras viva la libertad vivirás tú
La libertad se eclipsa, pero no perece.



JOSE MARTI

Pasó ! indignado, soñador, melancólico.

Pasó ! con el enjambre de sus sueños ; con la tempestad de sus cóleras ; con sus tristezas de vencido ; con el rumor de sus estrofas ; con el himno triunfal de su palabra.

¿ Soñador ? Así lo llaman. ; Sueño sublime ! ; Oh la libertad, hermoso sueño ! Con ella soñaba Bolívar en Jamaica mirando la mar turbia, el cielo negro, escapado al puñal, y triste y solo... Con ella soñaba Mazzini, perseguido, hambreado, saliendo

á los caminos de Suiza, desgredada la blanca cabellera, para interrogar á los transeuntes sobre la agonía de su Italia bajo los cascos de los croatas. Con ella soñaba Kosciusko. Con ella soñaba Palacoff, dando al viento como mariposas del dolor sus estrofas aladas, allá sobre la playa de Siberia, bajo el cielo sin luz, cerca á las olas negras, á la estepa inclemente, viendo levantarse en el cielo triste una estrella blanca, que él llamaba el alma de Polonia... ¡ Oh sueños con la libertad y con la patria ; sueños generadores del heroísmo y de la gloria ; columna de fuego que lleváis los pueblos al combate, ó bello y pálido heraldo que lleváis las grandes almas al martirio, benditos seáis !

La libertad es el sueño de las almas grandes.

La patria esclava es el tormento de las almas fuertes.

¡ Oh sueño tempestuoso y bravío de los proscritos y de los oprimidos ! Pasad, soñadores, con la frente alta, sintiendo como os persigue la carcajada estólida del vulgo. Mañana, si vuestro ensueño es realidad, vuestra es la gloria ; si él es quimera, vuestra es la gloria.

Los sueños nobles ennoblecen.

Al soplo de un sueño se alzó la América del fondo de los mares solitarios ; en las alas flamígeras de otro sueño subió la libertad á la cima de los Andes. Si la vida es sueño, ¡ benditos sean los que sueñan con lo grande y con lo noble !

Martí fue el verbo de Cuba luchadora.

Su acento pasaba por sobre las multitudes como un grande y generoso soplo, venido del océano inmenso, del campo libre, lleno de aromas, respirando vida. Él murmuraba al oído del emigrado, del vencido, del enfermo, la mágica palabra : *esperanza*. Él iba á todas las almas murmurándoles no sé qué tierno acento de cariño ; no sé qué extraño y asordador himno de grandeza.

Martí era el acento melancólico del alma cubana, que iba gimiendo á veces solitaria y doliente y en otras se alzaba vibradora y terrible ; que herida se recogía para llorar á sus montes como una paloma azul entre su nido, é indignada se alzaba otras, como un cóndor bravío lanzando grito siniestro...

La elocuencia de Martí era la del corazón. Su frase oscura á veces, coloreada, radiante en otras, salía de sus labios impregnada de sentimientos, ya vaga como la tristeza que agobiaba su alma, ya tempestuosa y soberbia como la indignación que lo poseía.

Oyéndolo, se pensaba en la patria, en la libertad, en el bien ; se alzaban en las lontananzas del recuerdo los mirajes de los bosques patrios ; se oía como el rumor de Vergniaud en el salón de los Roland, y pasaban por la memoria los pálidos héroes del cadalso y de la guerra...

Así como él, así debió ser Vergniaud. Su misma juventud ; su mismo aspecto pensador y triste ; su

misma frase pulida como armadura de antiguo caballero en día de justa; el mismo culto á la pureza del sentimiento y á la castidad de la frase; el amor desbordante por el pueblo; el mismo corazón sereno y tierno; la misma vasta erudición clásica; la misma estoica resignación al martirio... Todo lo mismo; pero más fuerza, más realidad, más lucha en Martí.

Cuando principiaba á hablar con la frente inclinada, como si pesaran sobre ella todos los dolores de su patria, se veía allí al vencido doloroso; mas cuando echaba atrás su cabeza poderosa sacudía su cabellera y lanzaba su frase indignada, se veía de pie al apóstol, aquel cuyo verbo condensado llegó á ser luego una tormenta.

Tristezas infinitas de la patria; entusiasmos de lucha y de batalla, eso inspiraba el acento de Martí. Su elocuencia no asordaba, no cegaba, imponía con imponente magia. Como en una tempestad en el polo en que no se escucha vibrar el trueno y sólo se ven brillar los relámpagos rojizos en la entraña de la nube oscura, allá donde van las olas en tropel, el mar espumea furioso y sobre el abismo negro brilla el cielo incendiado...

Cuba ha tenido muchas representaciones egregias de su energía; pero el pensamiento de su independencia tuvo en Martí la más pura, la más elocuente y la más sincera de sus voces.

Así quedará para el mundo como el más bello

gesto de heroísmo lírico, el más puro acento, la más alta voz, de Cuba irredenta, en esa hora crepuscular que precedió á la grande aurora de su redención política.

Martí, fué su Profeta, y fué su Mártir. Quedará en la conciencia de América como el más grande tribuno de la Emancipación, el Genio sonoro y triste de la Patria, el Poeta de la Libertad, el enorme Poeta doloroso, muriendo sobre el árbol de su cruz.

Fué un soñador?

Sea...

Fué el inmenso soñador desesperado, que voló hacia la Muerte, en un vuelo de fuego, incendiando á su paso los cielos taciturnos de la Historia.



CASTELAR

Pobló el mundo de ruidos armoniosos, arrulló la libertad con cantos de sirena, azotó el despotismo con rumores de mar enfurecido y obligó al mundo entero á escuchar aquella melodía que tenía la facilidad del ritmo heleno, la tristeza indignada del trueno hebraico, la melodía de los tribunos del Lacio y el rumor atrevido y clásico de los últimos soñadores de la Gironda.

Él tuvo en su acento la unción armónica de los Santos Padres, é indignado como Crisóstomo al pie de un trono prostituído, pudo exclamar como él : Aún queda algo de la raza de Jezabel y aún combate la gracia por Elías.

Todo en él era melodía.

Fué el Zorrilla de la tribuna española.

Al conjuro de su voz armónica, como al de la cítara del viejo bardo, se ponían de pie y se alineaban los muertos coronados del Escorial ; se alzaban del polvo con sus rotas armaduras los viejos caballeros castellanos ; se poblaban de sombras ilustres los góticos castillos suspendidos como nidos de águilas sobre el peñasco enhiesto ; combatían los vascos ; huían los Mauritanos : pasaba triste y fuerte la vieja raza céltica ; combatía Ataulfo ; tocaba Viriato su cuerno en la montaña ; se oía el estruendo de Guadalete ; tronaba Roncesvalles y Zaragoza ardía...

La España no ha tenido voz más armoniosa ni canto más sublime.

Cicerón le dió su verbo y su debilidad ; Demóstenes le negó su carácter, Isócrates su altivez viril.

Aún lo recuerda el mundo cuando en el apogeo de su gloria tribunicia, de pie sobre el volcán inflamado de la revolución española, lanzaba en ondas de luz sus frases formidables sobre aquel océano en tempestad.

El descenso comenzó allí. Le serie de sus apostasías empezó rápida y funesta.

Él, el enemigo de la pena de muerte, alzó los patíbulos por doquiera.

Él, el defensor de la libertad de la prensa, la rompió como lo hubiera hecho un soldado salvaje.

Él, cuyos ojos se humedecían hablando de cadalsos, dejó fusilar sin piedad á los hombres del *Virginus*.

Él, el hombre de la humanidad, cuando de independencia de Cuba le hablaron, exclamó : *Primero soy español que republicano.*

Después... como la luz moribunda de la tarde en la llanura, siguió arrastrándose y arrastrándose hasta perderse en la densa penumbra en queha desaparecido.

Así cayó el grande orador español.

No fué como Demóstenes á envenenarse en el templo, arrojando sobre los soldados la tremenda frase : llevad mi cuerpo al tirano, pero mi alma es libre.

No desapareció como Cicerón doblando estoicamente su cuello á la espada del liberto.

No cayó como Dantón sacudiendo su melena en la mano del verdugo, pero fiel á la República.

No se eclipsó como Vergniaud en brazos del

heroísmo, cantando un himno melancólico al Derecho.

No desapareció como Gambetta, en brazos de la patria entristecida, fiel á la Libertad y al Pueblo.

Su desaparición no tiene sino un ejemplo semejante : el de Emilio Olivier, el gran tráfuga anatematizado por él, y que saltó de la tribuna liberal al pie del trono vacilante de Napoleón III, para envolver se en su púrpura y rodar en su caída.

Castelar no supo morir en plena gloria. Su orgullo lo mató.

Comprendiendo que la república sería, pero él ya no sería el primero en ella, volvió la espalda á la República. La sombra del liberalismo lo asustaba.

Su edad y un resto de su soberbia lo mantuvo aún sin abrazarse públicamente al trono.

¡ Triste eclipse el de esta alma soñadora !

Al volver la espalda á la República, la gloria se la volvió á él.

La debilidad fué la muerte de aquella alma.

Enamorado de sí mismo, como Narciso, se ahogó en la fuente de su propia contemplación, y la flor, la pálida flor que nazca sobre su sepulcro no se llamará, nó, la flor de la inmortalidad.

La patria perdonará al gran tribuno, la religión

al filósofo convertido ; pero la libertad no perdonará nunca al gran tráfuga.

La libertad es inflexible.

La traición es irredimible